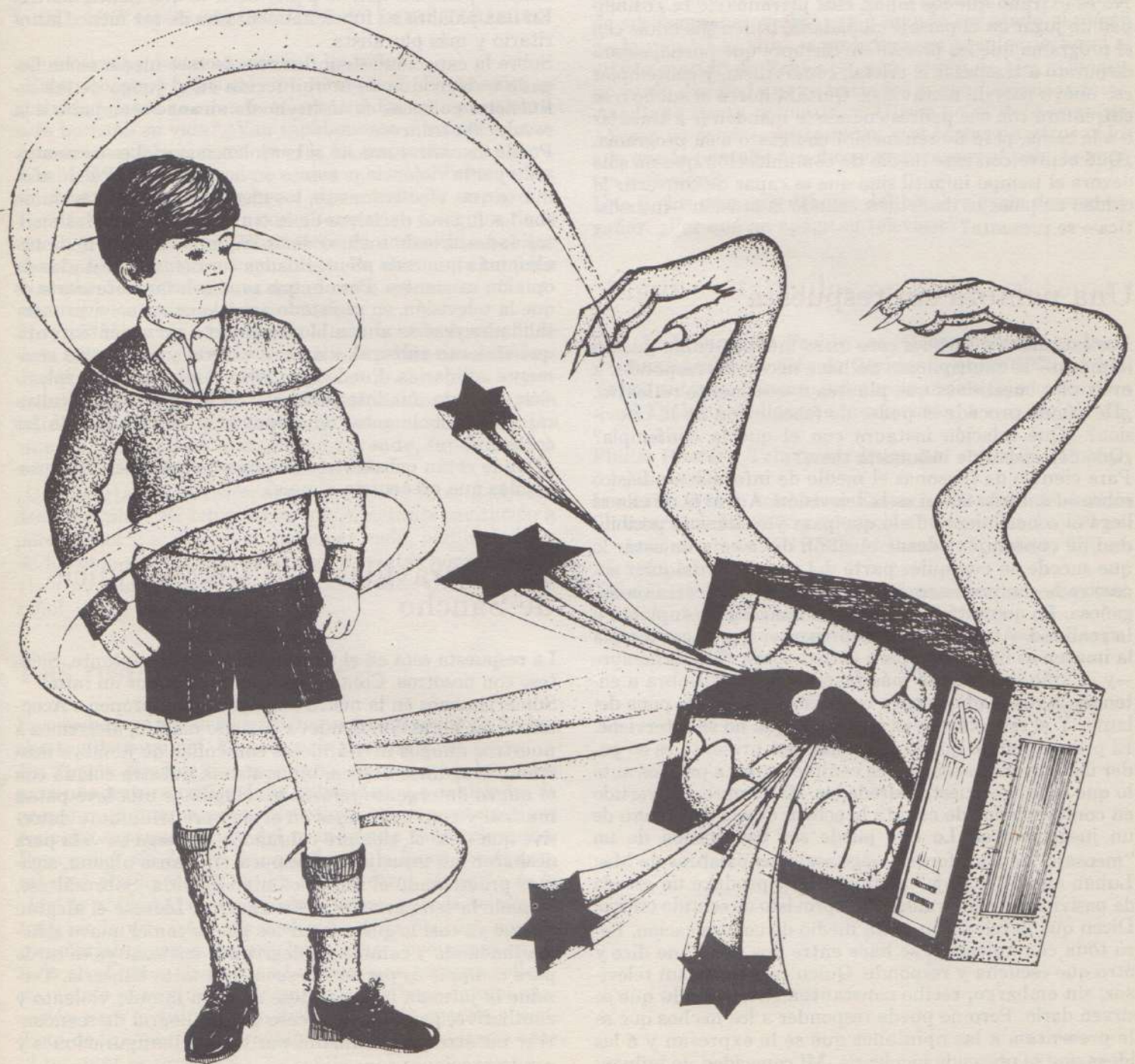


(el cine, la lectura, el juego, la droga, el ambiente,
TV, las vacaciones... van a constituir los problemas
estudiados en esta sección)

LOS NIÑOS Y LA TELEVISIÓN



Alicia en el país de las maravillas

El niño, terminada la merienda, se acerca al televisor y, como quien hace un gesto automático y semiinconsciente, lo conecta a la red. Se sienta y, en un momento, está poseído por la magia cambiante del invento. Múltiples posibilidades se presentan. Poder viajar en el chiripitifláutico de turno al país del mal, conocer las más remotas especies animales o sumergirse en la frescura de las cosas naturales, de mano del refresco que guste. Alicia en su maravilloso país, lleno de razones y sinrazones, queda muy lejos. La televisión supera con mucho toda imaginación posible. No es extraño que los niños, casi privados de la posibilidad de jugar en el paisaje ciudadano, llenen sus horas con el programa que les presenten. Siempre que pueda, estará dispuesto a traspasar el cristal, como Alicia, y contemplar ese nuevo país de maravillas. Quitará horas al sueño o se enfrentará con sus padres cuando le manden ir a trabajar o a la cama, pero no renunciará con gusto a su programa. ¿Qué ocurre con este medio de comunicación que no sólo devora el tiempo infantil sino que es capaz de convertir la ciudad en paisajes desérticos cuando la ocasión —fútbolística— se presenta?

Una palabra sin respuesta

Los estudios en torno a este mass-media —como gustan llamarlo— se multiplican. Se hace necesario responder a múltiples cuestiones que plantea a una mente reflexiva. ¿De dónde procede el poder de fascinación de la televisión? ¿Qué relación instaura con el que la contempla? ¿Qué capacidad de influencia tiene?

Para cientos de personas el medio de información básico sobre su entorno social es la televisión. A través de ella se llega al conocimiento de lo que pasa y se tiene la posibilidad de contemplar desde el sillón de la sala de estar lo que sucede en cualquier parte del mundo. Cualquier suceso es hecho presente. Pero se trata de una cercanía engañosa. Lo que está presente es la imagen que suplanta a la realidad. A pesar de estar presente, el que contempla la imagen es impotente para actuar sobre ella. El hombre —y el niño con mucha más razón— se acostumbra a entender la realidad como un espectáculo que se le pone delante. Y el espectáculo es algo en lo que no se interviene. El primer peligro que la televisión nos presenta es su poder de convertirnos en seres completamente pasivos ante lo que sucede a nuestro alrededor. El hombre, convertido en contemplador de cuanto le echen, queda prisionero de un juego mortal. Lo que puede ser transmisión de un “mensaje” se transforma —siguiendo las palabras de Mac Luhan en un “masaje” audiovisual, y produce un estado de pasividad y conformismo, desprovisto de sentido crítico. Dicen que la televisión es un medio de comunicación. Pero toda comunicación se hace entre dos. Uno que dice y otro que escucha y responde. Quien contempla un televisor, sin embargo, recibe constantemente aquello que se sirven darle. Pero no puede responder a los hechos que se le presentan, a las opiniones que se le expresan y a las ideas que se pretende inculcarle. Mi capacidad de influen-

cia es nula. Yo no puedo cambiar la televisión. Y ella sí puede cambiarme. Puedo oír pero no responder. No puedo comunicarme con ella. La televisión es —ahora— una palabra sin respuesta. ¿Un medio de comunicación? Ahora, un medio de incomunicación. Es, como se ha dicho “la garantía de que las personas no se hablen más porque se hallan definitivamente aisladas”.

Puede pensarse que cuanto aquí se dice es exagerado. Pero no se habla ahora de lo que puede ser la televisión sino de lo que es, aquí y ahora. Si este medio ha de ser realmente un camino de enriquecimiento cultural y de vinculación entre las personas, mucho ha de cambiar. Otras muchas personas han de poder decir lo que tienen dentro. En una palabra su funcionamiento ha de ser menos autoritario y más pluralista.

Sobre la capacidad de influencia de este medio se ha llegado a decir que su introducción en el juego de las influencias políticas es un hecho de alcance semejante a la revolución francesa.

Puede discutirse mucho si la violencia social es incrementada por la violencia presente en las pantallas. Puede afirmarse que, efectivamente, los medios de comunicación no son los lugares decisivos de la transformación de las mentalidades. Puede incluso decirse que la televisión, de hecho, más que crea mentalidades confirma los estados de opinión existentes. Pero lo que es absolutamente cierto es que la televisión, en su estado actual, mantiene vivas mentalidades reacias al cambio, cerradas a un auténtico enriquecimiento cultural, ajenas a valores y conductas realmente solidarias. Puede afirmarse también que la televisión presenta una interpretación de la vida social y cultural que, globalmente, no responde a la realidad de las cosas.

¿Dónde están en nuestros programas los auténticos problemas que preocupan al país?

Las maravillas de TVE y el juicio de Sancho

La respuesta está en el viento, que diría el cantante. Siéntese con nosotros. Contemple la televisión por un rato.

Sumerjámonos en la nueva vida que se nos propone. Aceptemos ser libres con el nuevo cruzado mágico, alegremos a nuestros amigos invitándolos con coñac de nombre ilustrado, tengamos blanca, blanquísima nuestra colada con el nuevo detergente reforzado. Hagamos una leve pausa musical y convirtámonos en el siempre triunfante detective que —eso sí, siempre cobrando— arriesga su vida para deshacer mil injusticias. Después, sin pausa alguna, sigamos practicando el nuevo camino de vida. Sobresáltese. Tómele la temperatura a sus ahorros. Llévase el alegrón de que ya casi le gusta lavar los platos con el nuevo sistema limonado y cambie su alegría por tristeza: ya es tarde para comprar su porción de suculenta tarta bancaria. Termine la jornada indignándose ante un mundo violento y conflictivo, pero tranquilícese con la alegría de reencontrar nuestro país animado por tantas inauguraciones y condecoraciones concedidas.

¿Cómo no exclamar, al levantarse, como aquel personaje de Cervantes cuando vuelve Don Quijote de la cueva de Montesinos?:

“Yo no sé cómo vuestra merced en tan poco espacio de tiempo... haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.”

Aunque, una vez más, sería preferible hacer caso a Sancho y afirmar:

“Oh Señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí... y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido.”

Con los ojos cansados y bostezando

¿Qué ocurre mientras tanto con los niños?

¿Están nuestros niños mejor informados? ¿Es más rica su actividad desde que ven la televisión? Es, en una palabra, más humana su vida? ¿Van rápidamente a buscar más información sobre el tema que les ha interesado en televisión? ¿O se levantan con los ojos cansados, bostezando, sin demasiadas ganas de hacer algo o trabajar en algo?

Es alarmante qué pocas cosas recuerdan los niños de lo que ven en televisión. El número de conocimientos que aporta es escaso, poco importante. Es alarmante también que sean los niños menos dotados los que están más expuestos a los peligros de este medio.

Hay un hecho fundamental: la niñez es la época de la vida en que la persona asimila sus experiencias más fundamentales, en que el niño, explorando el mundo, lo personaliza. Es la época en que la imaginación tiene la posibilidad de abrir la vida hacia mundos y caminos siempre nuevos. La edad en que el niño aprende, fundamentalmente, haciendo, manejando la realidad.

¿Qué aporta la televisión al desarrollo de estas necesidades infantiles? El televisor es una constante invitación a permanecer inactivos, a no imaginar nada, porque todo es dado como algo hecho y concluso. ¡Cuántas horas del televisor no han sido restadas de actividades vitales para el niño!

Las respuestas a un reto

Los padres no pueden permanecer inactivos ante un hecho tan descomunal. Es necesario pronunciarse.

En Suecia, desde 1965, se enseña, se prepara a los niños para una lectura crítica de la publicidad. La escuela ha de preparar al alumno para enfrentarse activamente con esa especial representación del mundo que es la televisión. Pero quizá sea dentro de casa donde la labor fundamental está por hacer. Como en tantos otros aspectos de la vida, la actividad que los padres tienen ante la televisión informa la que irá a tener el niño. Una postura pasiva, complaciente con cuanto se le presente, provocará su reflejo en el niño. Una actitud crítica, una postura reflexiva, activa ante el receptor puede ser la base de una educación para la visión. Y un diálogo abierto cuando el conflicto de la elección de programa o de la permanencia ante el receptor se produzca.

Ni qué decir tiene que la responsabilidad fundamental está en aquellos que dominan y programan las actividades de la televisión y que un objetivo cívico fundamental ha de ser el del control, democrático de ese medio de comunicación —o incomunicación— de masas.

Ulises y las sirenas

Cuenta Homero que Ulises, camino de su tierra y por boca de Circe, oyó hablar de las sirenas, que con su melodioso canto hacían naufragar y morir a sus pies a los navegantes hechizados e inmóviles. Sin quererse privar de su música pero no queriendo caer en su engaño, tapó los oídos de sus compañeros con cera y mandó ser atado al mástil de la nave. Las sirenas embriagaron y enloquecieron al astuto marido de Penélope, pero atado de pies y manos, no pudo dirigir la nave hacia las playas amenazadoras. Asediado hasta enloquecer, Ulises no se dejó engañar. ¿Acaso no tendremos también que cerrar nuestros oídos a lo que la pantalla nos dice y amarrarnos al palo de nuestra reflexión?

Uno de los primeros deberes del hombre es no dejarse engañar. ¿Por qué no apaga su televisor?

Algunos artículos en torno al tema

J. L. L. Aranguren: Problemas éticos y morales en la comunicación. Revista de Occidente, enero 1972, n° 106.

Varios autores: Número extraordinario de Cuadernos para el Diálogo, dedicado a la televisión. Extra XXXI. Julio 1972.

Phillis Hoster: Television drugs our children. Mother, julio 1973.

Les enfants et la television. Extracto del n° 28 del boletín internacional “TV y educación” (enero 72), bajo el patrocinio de la UNESCO. Vivante education, febrero 1973, n° 238.

Jules Gitti: Mass-media et transformation des mentalités. Vivante education, febrero 1973, n° 238.

Television et psychologie. Mesa redonda. L'école des parents, junio 1969.

Antonio León Molina